

Ninguno de esos rumores que circulaban entre los vasallos había penetrado aún en el salón en donde se hallaba la duquesa Isabel; pero en los momentos de infortunio se mueve una brisa funesta, que filtra hasta á través de las paredes y se introduce por las puertas aseguradas con las más fuertes cerraduras.

Nadie en el salón sabía nada, y, no obstante, temblaban todos.

—¿Qué queréis decir con eso?—preguntó Isabel á Guillermo de Soles.—¿Por qué habláis de otro infortunio?

—Decid á ese hombre que responda—replicó con lentitud Guillermo.

Pacífico se estremeció de los pies á la cabeza, sus labios llegaron á entreabrirse, pero no articularon ninguna voz. El viento soplaba con mayor violencia, azotando los altos postigos de las ojivas, y el bramido del trueno resonaba sordamente á lo lejos.

—Preguntadle qué ha visto esta noche—prosiguió Guillermo de Soles con aire provocativo—allí, en el bosque situado entre la puerta de San Germán y la cerca de San Sulpicio.

—Di: ¿qué has visto?, ¿qué has visto?—balbuceó la duquesa con el corazón oprimido.

—Preguntadle — continuó Guillermo — por qué maldice incesantemente á los niños felices, blasfemando de Dios y acusándole de haber dado todo á los unos y á los otros nada.

Pacífico se agitó y quiso hablar al fin; pero el escudero le tapó la boca, terminando con estas palabras, que dijo con voz estentórea:

—Preguntadle por qué nuestro amo y señor, Jaime de Armagnac, duque de Nemours, no está aún, á hora tan avanzada, dentro de los muros del castillo.

Todos los circunstantes comprimieron la respiración al oír la terrible amenaza que envolvían estas

últimas frases. Eran aquéllos unos tiempos en que en Francia podían muy bien infundir espanto y helar el corazón palabras más vagas y menos significativas. La duquesa juntó entrambas manos y dejóse caer desfallecida en el trono al lado de su hijo Juan, que lloraba.

—¡Dios mío!—exclamaba la infeliz.—¡Es verdad! ¿Por qué mi señor y dueño no ha llegado todavía?

Ninguna palabra de consuelo llegó á oídos de la duquesa, pues Guillermo de Soles había enmudecido y el hermano Pacífico estaba como herido por un rayo. Isabel fijó su mirada extraviada en el pedagogo, y decía para sí, lo mismo que todos los circunstantes:

—Ese hombre ha estado fuera todo el día; ¿en dónde habrá estado? Tenemos enemigos crueles, y Jaime de Armagnac ha sido con frecuencia muy duro con ese hombre. Nadie ha llegado á escudriñar nunca qué es lo que hay en el fondo de su pensamiento... y poco ha estaba hiriendo el pecho de mi hijo...

De improviso abalanzóse como una leona sobre el hermano Pacífico, y sujetándole ambos brazos con la fuerza de un hombre, le dijo:

—¡Responde, responde! ¿En dónde está Jaime de Armagnac? ¿Qué has hecho de Jaime de Armagnac?

La confusión de Pacífico era tan manifiesta, su aspecto el de un hombre tan agobiado por la conciencia, que su culpabilidad era evidente para todos los que habían presenciado esta escena.

—Jaime de Armagnac, mi señor—tartamudeó con gran dificultad Pacífico.—¡Dios tenga piedad de todos nosotros!

La tempestad rugía con mayor violencia; en un instante en que calló el estampido del trueno, el viento trajo el grito prolongado y desgarrador de un hombre en la agonía.

Guillermo de Soles se irguió; el hermano Pacífico

se tapó la cara y exhaló un gemido; la duquesa cayó de rodillas, porque en aquel grito desesperado del agonizante había creído reconocer la voz de su esposo.

Durante más de un minuto todos permanecieron inmóviles en la suntuosa sala iluminada, con la palidez en la frente y el terror en el alma.

Al cabo de un minuto oyóse un prolongado murmullo en las dependencias del castillo, abriáanse y cerrábanse puertas, y luego resonaron clamores y lamentaciones, los vasallos y servidores de Armagnac precipitáronse en el interior del gran salón, precedidos de un joven ó mejor de un niño, cubierto con la librea de Armagnac.

—¡Huguet!—decían todos.—¡Huguet, el paje de Monseñor!

A la vista del niño la duquesa abrió sus brazos y pronunció el nombre amado de su esposo. El paje abrió su ropilla, descubriendo una espantosa herida en mitad del pecho. Con la mano sacó de su seno un gran jirón bañado en sangre y lo arrojó á los pies de Isabel, diciendo:

—¡Es la sangre de Armagnac!

Isabel se inclinó sobre el pavimento y puso los labios en el jirón ensangrentado.

—Nuestro señor ha muerto asesinado—prosiguió el paje, cuya voz se debilitaba por momentos—y ha dicho al morir: «¡Plegue á Dios que mi hijo viva para amar á su madre y vengarme á mí!»

Isabel dirigióse adonde estaba Juan y murmuró casi alocada cayendo de rodillas:

—¡Tú vivirás, tú le vengarás!

El pobre paje no podía ya sostener su cuerpo.

—Yo he venido—pronunció, haciendo un supremo esfuerzo—para revelar el nombre del asesino, que es Olivier de Gravelle. Y ahora me marchó á reunirme otra vez con mi señor.

Esto dicho, cayó de lado, cubriendo su rostro de niño sus hermosos y rubios cabellos.

Estaba muerto.

Guillermo de Soles había desaparecido.

VII

LA HIENA

Sobrevino en la gran sala una escena de desolación; las mujeres del servicio de la duquesa se agruparon en torno de Isabel, que se arrastraba convulsa y medio loca por las gradas del trono señorial de Armagnac, llevando en sus brazos al nuevo duquesito de Nemours. A una y otra parte del salón formábanse inmóviles grupos de vasallos, soldados, servidores y conocidos; en todos los semblantes veíase pintada la más abrumadora estupefacción, acompañada de cierta sorpresa incrédula, natural cuando se adquiere la evidencia de las grandes calamidades.

El cuerpo del paje había sido ya retirado. A excepción de los sollozos comprimidos de la duquesa, todo en el gran salón, iluminado todavía, hablaba de fiesta y regocijo; pero cuando los vasallos, los hombres de armas y los servidores de Armagnac dirigian sus miradas hacia el rincón en que Pacífico permanecía solo y separado de todos por un gran espacio, como si estuviera apestado, todos volvían en sí; aquel hombre era allí la encarnación viva de la desgracia.

Velasele apoyado en una columna, mirando á derecha é izquierda con un aire azorado y medroso y agitándose con la febril congoja peculiar á los infortunados cuyo juicio flaquea. Los que estaban más cerca del pedagogo pudieron oír que, después de varias frases incoherentes, articulaba estas palabras:

—¡Mis hijos!... ¡Oh, yo no me acuerdo de ellos!

Y la gente de Armagnac, que conocía la historia del rapto de su hija, se dió á sospechar que la horrible traición del pedagogo era el fruto de su venganza; su extravagante cólera se había cebado en el primero que le vino á mano, y este fué su mismo señor y dueño.

La conciencia general le condenaba sin apelación y no había ninguno entre los que ceñían espada que no hubiera ya pronunciado la sentencia ejecutoria en el fondo del corazón,

Todo el palacio estaba sumido en un sepulcral silencio, no oyéndose otros rumores que los apagados ecos de la tempestad que bramaba aún en los confines del horizonte. Sólo el hermano Pacífico oía algo más, pues notábase á menudo que su cabeza se alzaba para consultar con una mirada terrible el aspecto de la noche á través de las ventanas del salón.

De súbito estremeciéronse todos, y hasta la misma duquesa se incorporó, como si despertara de un sueño fatídico.

—¿No habéis oído?—exclamó.

—Son las cadenas del puente levadizo—respondió un soldado.

—¡Salvemos al niño! ¡Salvemos al niño!—gritaron las damas y doncellas de Isabel.

Esta se puso en pie, diciendo:

—El señor de Soles es quien guarda las llaves de las cadenas, y Guillermo es un fiel servidor.

Pacífico elevó entrambos brazos al cielo, y repitió con un tono tan lúgubre y amargo las últimas palabras de la duquesa, que todas las miradas se fijaron en él.

Y no tuvo, por cierto, necesidad de completar su idea ni de formular ninguna acusación contra el alcaide de la fortaleza, puesto que de improviso oyóse un clamor en las galerías inmediatas del salón, pu-

diéndose escuchar con claridad las siguientes frases, bien articuladas:

—¡Ha muerto! ¡Armagnac ha muerto!

—¡A mí, amigos míos!—gritó sin esperar más la duquesa, elevando á Juan de Armagnac entre sus brazos.

Las mujeres se formaron valerosamente en torno de ella, pero en los hombres notóse cierta vacilación, debida á que su jefe Guillermo de Soles acababa de presentarse en el dintel de la puerta y les dirigía algunas palabras á media voz. Uno solo entre todos ellos desenvainó el sable con arrogancia, y este fué Jerónimo Ripail, que entró detrás de Guillermo, empujándole á un lado sin miramiento alguno. Jerónimo atravesó á lo largo todo el salón ducal con la espada en la mano y diciendo á grandes voces:

—¡Armagnac, Armagnac! ¡Quien me quiera que me siga!

Ignoramos si alguien le quería; pero nos consta que nadie le siguió.

En el momento en que Ripail llegó al centro del salón tuvo lugar una escena imprevista, que dió por resultado el que la duquesa perdiera su único defensor. Pacífico, que esperaba á su primo, se adelantó á hablarle, echóle sobre los hombros sus descarnadas manos, y acercando la boca al oído de Ripail articuló algunas frases que sólo éste pudo oír.

Nadie supo lo que aquéllo significaba; pero el valiente guerrero, después de un segundo de indecisión, envainó la espada con violencia y desapareció por una puerta secreta que había en el fondo de la sala, dirigiendo al pedagogo una señal de inteligencia.

Este incidente, que hemos referido lentamente, apenas necesitó algunos segundos para desarrollarse; los que lo presenciaron no tuvieron lugar para darse cuenta de lo que habían visto, pues los

gritos de ¡Ha muerto! ¡Ha muerto! resonaban con mayor estrépito en las galerías, y una oleada de aventureros y soldados invadía el salón por todas sus avenidas.

Mosén Olivier, señor de Graville, apareció entonces, con la visera levantada, la espada desnuda y tinta en sangre, seguido de Thibaut de Ferrières y de su malvado inspirador el italiano Tarchino.

—Ya hemos acabado con el jabalí—dijo;—vamos á destruir ahora á la hembra.

En este momento en que ya nadie defendía e paso, en este momento en que las damas y camareras de Isabel perdían ya el valor que pasajera- mente las había animado, vióse á Pacífico adelantarse hacia el trono con pasos desiguales é indecisos pero con ademán de apoderarse del heredero de Armagnac. Mas la duquesa, que se mantenía aún en pie, rechazó bruscamente al pedagogo con fuerza varonil.

—¡Vete! ¡Huye! Eres tú quien ha asesinado á su padre.

—Pacífico inclinó la cabeza, como de costumbre, y se retiró; algunos dijeron después que una tenue sonrisa había crispado sus labios delgados y descoloridos.

Alejado Pacífico, nadie quedaba ya entre la duquesa, inmóvil en su trono, y Olivier, que marchaba hacia ella.

Relampagueaba en los ojos del caballero una alegría tan feroz y un orgullo tan salvaje, que la desgraciada Isabel inclinó la frente, y exhalando amargos gemidos estrechó al niño contra su corazón. Graville la contempló un instante con los brazos cruzados y sonriendo con implacable crueldad.

—Mi noble señora—dijo por fin,—tú y los tuyos me humillasteis á vuestro sabor en cierta ocasión. Tengo ahora la revancha, y la quiero completa.

¡Encomiéndate á Dios, Isabel de Armagnac! Serás una santa muy bella, y encontrarás á tu hijo entre los ángeles.

Isabel cayó de rodillas.

—No te pido piedad ni clemencia para mí, Olivier de Graville—dijo;—pero ¡mi hijo! ¿Que te ha hecho esa criatura, cuyo padre has asesinado ya?

El hermano Pacífico se había asomado á una ventana para calmar el ardor de su cabeza con el viento húmedo de la tempestad. Escuchaba, y sus manos oprimían convulsivamente el alféizar de la ventana mientras se encogían con violencia las rasgos de su fisonomía.

—¿Qué me decís ahora de vuestro cordero, Amapola?—preguntó el correo Nicolás á la ventera, que había entrado con la muchedumbre.

La buena mujer se santiguó, lo mismo que si le hubieran hablado de Satanás.

En este momento Pacífico dejó la ventana, presentando su rostro descompuesto, coronado de cabellos empapados en lluvia y sudor, que caían en gudejas como serpientes. Dió un paso adelante y se detuvo; avanzó luego otro paso y detúvose también.

La Amapola sintió que la mano de Nicolás se apoyaba en su brazo. Todas las personas que permanecían aún adictas ó fieles á la casa de Armagnac se ocupaban en aquel instante de Pacífico más que del mismo Olivier de Graville. Aquél les daba miedo; ya no se trataba de un hombre, sino de un gato montés que martiriza y tritura la presa abatida por la poderoso garra del león. Sentían frío en el corazón y temblaban ante la idea de que iban á ser testigos de una escena horrible é inaudita.

Graville dijo:

—No tendré piedad de este niño, Isabel, porque se llama Armagnac, porque luego sería hombre y porque acabaría por vengarse. Aconséjote, pues,

que te encomiendes á Dios, si es que quieres dejar cristianamente la vida.

El niño Juan miraba á Graville con los ojos consternados, y la duquesa le rodeaba con sus débiles brazos con ademán de protegerle.

Pacífico, en tanto, iba aproximándose paso á paso con el cuerpo encorvado, los ojos centelleantes y los dientes unidos y apretados. Los amigos de Armagnac le seguían con la mirada y reprimían el aliento. Tarchino reparó en él, y al señalarle con el dedo para que le viera Thibaut de Ferrières, los dos rompieron á reír.

—¡Toma!— dijo,— he aquí á nuestro pajarraco nocturno, el que marca á los niños para volverlos á encontrar después. ¡Que dientes más afilados debe tener esa bestia rabiosa!

Thibaut hizo un gesto de repugnancia. La duquesa, no sabiendo qué hacer ni qué decir, arrastrábase á los pies de Graville, repitiendo entre sollozos estas palabras:

—¡Piedad para mi pobre hijo, señor! ¡En nombre de Dios y en el de vuestra madre, piedad! ¡piedad!...

El de Graville levantó la mano, tocó su frente, en medio de la cual una profunda cicatriz marcaba la flor del pomo de la espada de Armagnac. La duquesa Isabel dejó caer entonces la cabeza sobre su pecho, y ya no suplicó más.

No sospechaba la infeliz mujer que su suplicio pudiera tener un límite más horroroso que la muerte. Estaba ya concentrando todas sus potencias en el interior de su alma, á fin de dedicar á Dios todos sus últimos pensamientos, cuando oyó vibrar cerca de sí una voz que no era la de Olivier, una voz bien conocida y en aquel momento detestada. Entreabrió los ojos, y se presentó ante ellos la espantosa figura del pedagogo, más cárdeno que de ordinario y agitado por sacudimientos convulsivos.

El hermano Pacífico había llegado al lado de Olivier de Graville en el momento en que éste se dirigía á un hombre que se hallaba detrás de Thibaut de Ferrières con una espada desnuda sobre el hombro. Pacífico se permitió tocar con suavidad el brazo de Olivier, diciéndole:

—Monseñor..., Monseñor...

Graville dejó caer sobre él su mirada, reconociéndole en seguida, y dijo:

—Ah, ¿eres tú? ¿Conque fuiste el preceptor de ese niño? ¿Vienes, por ventura, á interceder por él?

Pacífico dibujó una risa apagada y siniestra, y lanzó una mirada de odio tan intensa, que la pobre Isabel cubrió sus ojos con las manos para no volverle á ver.

—Me dijisteis, Monseñor, que os esperara en Palacio—dijo el pedagogo,—y yo estaba aquí para aguardaros, en la creencia de que me habíais comprendido.

—No te entiendo—murmuró Graville, que participaba también del sentimiento de repulsión que solía inspirar aquel hombre.

El silencio era tan profundo en el salón, que se habría oído volar una mosca. La palidez lívida del pedagogo se había comunicado á todos los vasallos de Armagnac presentes; hasta el mismo Guillermo de Soles requería con su crispada mano el pomo de la daga que le pendía del cinto; y en cuanto á los soldados y aventureros que habían invadido el castillo, miraban y escuchaban con viva atención, sin acordarse por entonces del saqueo y de la orgía que se les había prometido.

Sólo Vicencio Tarchino, el italiano, seguía el curso de los sucesos friamente, observándolos con la curiosidad propia de un espectador aficionado á esta clase de escenas.

—No me comprendéis—repitió Pacífico, cuya voz

se le ahogaba dentro de la garganta como el rugido de una hiena; —y..., sin embargo, decís que queréis vengaros, Monseñor..., queréis vengaros en toda regla, ¿no es verdad? Pues bien, escuchadme; yo he pasado aquí un cruel martirio, mientras que todos los demás eran felices. Ellos dormían sobre mullidas plumas cubiertas de terciopelo, y yo reclinaba mi cabeza sobre una piedra desnuda. Aún era esto demasiado para mí, al decir del padre de ese niño que está ahora llorando en los brazos de esa mujer; y yo ahora también me río—añadió dejando oír una lúgubre carcajada. —¡Si supierais cuántas veces he llorado con lágrimas de sangre, en tanto que ellos reían! El padre de este niño era un poderoso magnate; yo un montón de polvo, que no se atrevía ni á quejarse. ¿Sabéis por qué me llamaban el hermano Pacífico? Porque me pegaban, porque me insultaban, porque me aplastaban bajo sus pies, y porque yo me dejaba pegar en silencio, devoraba los insultos sin replicar una palabra y ni siquiera intentaba morder la planta que me pisaba... ¿Sabéis por qué? Porque cuando me abofeteaban en la mejilla derecha, presentaba luego la izquierda con toda humildad. Hermano Pacífico, entendedlo bien, Monseñor, es tanto como decir: el miserable oprimido que se arrastra, que bebe la afrenta, como la esponja bebe el agua impura; es tanto como decir: el maldito que al verse torturado aún da las gracias, ó el bufón que disimula sus lágrimas escondiéndoss detrás de una cobarde sonrisa. Yo, Monseñor, he soportado todo eso con la esperanza de que sonaría la hora que ha llegado ya. ¡He aquí al hermano Pacífico! ¡He aquí al hijo de su verdugo!

Al decir estas palabras irguióse por completo; sus cabellos se agítaban en derredor de su frente; un movimiento de horror conmovió á todos los circunstantes.

La duquesa Isabel, consternada, soltó á su hijo exhalando un grito de agonía.

Olivier de Graville apartó los ojos de aquella escena, y se oyó á Tarchino que decía sonriendo con frialdad:

—¿Pretendes tú ahora que te entreguen las víctimas?

—¡Sí, á los dos!—gritó Pacífico con los labios hafiados en espuma;—¡á los dos: hijo y madre!

—Monseñor—añadió el italiano dirigiéndose á Graville,—vos sois un caballero y no conocéis más venganza que la de la espada... ¡y eso no es vengarse!

Como Graville no replicara, Pacífico le asió del hombro con una de sus descarnadas manos mientras que levantaba la otra hasta tocar con un dedo armado de una uña descomunal la antigua herida que marcaba la frente del noble caballero.

Graville cogió al pedagogo por los cabellos, y casi al mismo tiempo el italiano se acercó hasta tocar la espalda de su dueño para decirle:

—Monseñor, eso es un tigre; dejad que haga lo que quiera; los va á devorar...

—¡Señores!—dijo en alta voz Graville, sacudiendo la cabeza, como si tratara de desechar una idea fija y obstinada,—la mesa está ya servida; os he prometido un buen festín. ¡Seguidme, pues!

Esto dicho, se dirigió á la puerta y salió del salón sin atreverse á mirar, por última vez, á la duquesa.

—¡Ya los tienes!—dijo el italiano á Pacífico.—¡Afíla tus dientes, lobo!

El pedagogo hizo á manera de una reverencia y lanzó un grito de alegría salvaje.

—Que todo el mundo salga de este salón—añadió Tarchino, empujando hacia fuera á los vasallos de Armagnac,—y ciérrense luego todas las puertas.

Tarchino fué el último en alejarse, no sin detener

se al llegar á la puerta, para dirigir á Pacifico una señal de ánimo y valor. Estaba ya cerrada la puerta, y podía, sin embargo, oírse aún su voz de tenor que decía:

—Oigase lo que se oyere dentro del salón, prohibo bajo pena de la vida penetrar en él á quienquiera que sea.

VIII

LA AGONÍA

Seguía brillando en el interior de la gran sala ducal la más pródiga magnificencia, realizada por el brillo de mil luces; los preciosos detalles de aquella rica arquitectura gótica, los delicados relieves, los brocados, los destellos que despedían todos los objetos allí contenidos, al resplandor de las arañas y candelabros profusamente iluminados; todo aquel conjunto admirable debía festejar la llegada del noble señor duque de Nemours.

Las flores, con su aroma y su frescura, festoneaban el salón agrupadas en largas guirnaldas que la blanca mano de la duquesa había dispuesto y ordenado con dulcísima emoción.

Parecía todo aquello destinado á saborear la dicha más cumplida; su aspecto era el del santuario de una familia ilustre; en un ángulo del salón estaban esparcidos con encantadora sencillez los caballos de madera, las armas fingidas y los demás juguetes del hijo idolatrado que debía ser más adelante señor del país de Armagnac, duque de Nemours, conde de la Marche y par del rey de Francia.

Una vez he visto yo un tocado de baile adornando la frente de una moribunda; los brillantes despedían rayos de luz al lado de unos ojos que se apagaban por momentos; las rosas sonreían junto aque-

lla frente amarilla que iba ya á declinar para siempre con el postrer desmayo.

El mismo efecto producía la gran sala del palacio de la Marche cuando la abandonaron los vencedores, dejando solos en ella al verdugo y sus víctimas.

La duquesa había seguido con una mirada indescriptible la salida de toda aquella masa de gente que poco antes llenaba el salón; aquellos eran enemigos, pero no sayones; fué contandolos uno á uno á medida que cruzaban la puerta, y cada vez que desaparecía uno de ellos, Isabel sentía caer sobre su corazón un nuevo peso.

Pacifico miraba también cómo iban saliendo los soldados de Gravelle y los vasallos de Armagnac; sus miradas pasaban de la puerta al trono con un aire de impaciencia tan marcado como si sintiera que se retardara un minuto la hora de la venganza.

Tan luego como Tarchino hubo cerrado tras de sí la puerta, salió un profundo suspiro del pecho del pedagogo. Al oírlo la duquesa, instintivamente estrechó á su hijo sobre su corazón, y el niño Juan de Armagnac seguía mirando á Pacifico con un terror creciente, forcejeando por ocultarse en el regazo de su madre.

El pedagogo se dirigió á la puerta por donde habían salido todos, y aplicó el oído á la cerradura; los pasos iban perdiéndose ya en el fondo del corredor, y empezaban á oírse las exclamaciones de júbilo de los comensales, entusiasmados á la vista de opipara mesa preparada en el salón de los festines.

Pacifico se dirigió luego á las ventanas, asomándose sucesivamente á todas, como si quisiera reconocer algo á través de las espesas tinieblas de la noche.

Terminadas estas operaciones, acercóse á la duquesa, la cual, al verle llegar, encomendó á Dios su alma. Cada uno de sus pasos repercutía en el cora-

zón de la víctima. Isabel le veía ahora tirano, después de haber sido esclavo siempre; creíale desvanecido por la rabia y embriagado por un triunfo que tanto se había hecho esperar.

Los pasos de Pacífico fué oyéndolos cada vez más cerca, y cuando Isabel dejó, por fin, de oírlos, experimentó aquella suprema congoja que debe agobiar al desventurado que siente sobre su cabeza la cuchilla homicida.

El verdugo que así prolonga la agonía de la víctima es más que un verdugo, es un demonio.

En el caso presente la cuchilla no acababa de caer, é Isabel veía prolongarse la tortura de una espantosa agonía.

Le parecía estar viendo erguida sobre su cabeza la del esclavo rabioso, creía adivinar su feroz sonrisa, y el gesto de sus manos convulsas aprestándose para martirizarla.

Y la infeliz se encogía delante de aquel monstruo, se replegaba sobre sí misma y pedía á la tierra que se la tragara de una vez.

Así transcurrió todo un minuto, ó mejor, un siglo entero, durante el cual la duquesa sufrió el dolor de cien muertes. Sin la presencia de su hijo, que la llamaba á la vida, Isabel no habría podido sufrir aquella horrible emoción y hubiera caído exánime sobre el mármol del pavimento.

Pero ¿qué había hecho á aquel tigre para que se cebara tan cruelmente en su venganza?

Isabel creyó oír una voz, que partía, no de encima de su cabeza, como esperaba, sino de delante de ella, ó mejor, de sus pies. Este rumor le hizo estremecerse hasta en lo más recóndito de su ser, pues lo consideró como el prólogo de un dilatado suplicio.

Y, sin embargo, esa voz no era la voz que había temido y esperado, sino la misma que ordinariamente solía emplear el pobre hombre, voz humilde y su-

plicante, tantas veces oída por la duquesa y que tan á menudo había excitado su generosa compasión. Decía aquella voz:

—Miradme, señora, y tened confianza en Dios.

Isabel no acertaba á comprender el sentido de estas palabras, que llegaron á sus oídos como un rumor vago y confuso. En el grado de estupor y sufrimiento en que se hallaba, no podía comprender más que palabras amenazadoras y ultrajantes.

El vino producía ya su efecto entre los invasores, y hasta el gran salón llegaba el estrépito de frecuentes carcajadas y los ecos de mil báquicas canciones. Pacífico miró hacia la puerta, y su voz tomó un acento de indefinible inquietud cuando repetía:

—Señora, mi noble señora, os ruego que me miréis y tengáis confianza en Dios.

La primera idea que se le ocurrió á la duquesa fué la de que había pasado los umbrales de la otra vida; pero como vió luego que aún sufría mucho, adquirió la certeza de que estaba todavía en este miserable mundo. Y dijo para sí:

—¡Ay, Dios mío!, ó estoy soñando ó me vuelvo loca.

—Señora, señora—repitió por tercera vez Pacífico,—el tiempo apremia y dispongo solamente de algunos minutos para salvaros.

Esta vez la duquesa abrió los ojos, no precisamente porque tuviera conciencia de lo que acababa de decirle el hermano Pacífico, sino porque, extenuada de su lucha contra un sueño ó una locura, prefirió entregarse á ellos vencida y desarmada.

Y lo que vió acabó de confirmarla en la idea de que era juguete de un sueño.

Un hombre estaba hincado de rodillas delante de ella; un hombre á quien apenas podía reconocer á causa de la extraña mudanza que en él se había operado.

Este hombre no era la *criatura* por antonomasia, ni el pobre cordero, como le llamaba la Amapola, ni el tigre que rugía poco ha en medio de la sala aflando sus uñas. Era un rostro dulce, en el que brillaban un candor angelical y una sublime expresión, hija de los más nobles sentimientos.

A los quince años entró el pobre Pacífico en el convento de Mirande, á los veinte se casó con Marión la pastora, y en la actualidad no tenía más que veintisiete.

Los que le veían acosado por la miseria no sabían á punto fijo si era un joven ó un viejo; á esos seres no se les conoce la edad; el desprecio y el ridículo caen con tanta dureza sobre su frente, que acaban por encorvarse como si se doblegaran bajo el peso de los años.

Pero Pacífico era un joven, y la sublime adhesión que exaltaba su alma bella creaba en su derredor una verdadera aureola.

Había echado hacia atrás sus cabellos para re- alzarse, para quitar de su fisonomía todo lo que pudiera recordar el horror de la precedente escena; sus ojos se habían vuelto dulces como los de un niño; en sus labios vagaba una sonrisa de sumisión, de bondad y de ternura.

La duquesa llevó sus manos á los ojos como para cerciorarse de la veracidad de su testimonio. Una lágrima asomó entonces en los párpados del pobre Pacífico.

—Soy yo, mi noble señora, yo mismo—murmuró sonriendo y sollozando.—Perdonadme el miedo que os he inspirado; ha sido sólo para engañarles...

Isabel volvió á recobrar poco á poco el conocimiento, no tanto por las palabras que iba escuchando como por el aspecto de aquel semblante, que reflejaba un corazón inmenso y saturado de noble adhesión.

—¿Será preciso, santo Dios, creer lo que estoy viendo?—murmuró la duquesa.

Pacífico se inclinó delante de ella y le besó la mano con todo respeto, diciendo con hermosa sencillez:

—Monseñor el duque había olvidado á veces para conmigo la caridad cristiana; y, sin embargo, señora, os juro por la salvación de mi alma que habría sacrificado mi vida por defenderle. ¿Qué no haré, pues, por vos, que no me habéis dirigido nunca más que palabras de consuelo y dulzura; por vos, que habéis sido mi providencia y mi amparo; por vos, que sois aquí en la tierra lo que la Virgen María es en el Cielo: la fuerza de los débiles y la alegría de los que padecen; por vos y por ese pobre noble niño á quien yo he visto nacer?

La duquesa se había incorporado; tomó al pequeño Juan entre sus brazos y le dijo con generoso entusiasmo, indicándole al preceptor:

—¡Hijo mío, hijo mío! ¡Mira ante tu presencia á un hombre noble y santo! ¡Abrazale en esta hora suprema, ámale siempre y respétale toda tu vida!

Juan de Armagnac, que temblando había abierto los ojos, se sonrió tendiendo los brazos al hermano Pacífico. Este le estrechó contra su corazón llorando de ternura.

Los gritos de la sala del festín iban en aumento é invadían ya todo el castillo. Pacífico pareció que despertaba de un sueño y devolvió el niño á la duquesa.

—Es necesario huir, señora—dijo con acento breve é imperioso, que la duquesa no había oído nunca en aquellos labios.—Han llegado para vos los días de fatiga y de desgracia. ¡Plegue á Dios ayudaros como merecéis en tan terrible prueba! Heos aquí viuda y guardadora de la sangre de Armagnac. Animaos, señora, y procurad haceros digna de la

gran misión que os está encomendada... En vuestra vida de contrariedades y vicisitudes, que los pasaréis en abundancia, Dios consentirá, acaso, que os separen del lado de vuestro hijo...

Acercóse más á la duquesa, que le oía fascinada, y prosiguió bajando la voz:

—Acordaos, si este caso llega, señora, de que mi joven señor lleva grabado en el pecho, encima del corazón, el escudo de Armagnac.

—¿Encima del corazón?—repitió Isabel.—Y era por eso...

—Sí, es por eso—interrumpió Pacífico dulcemente—por lo que el traidor Guillermo de Soles me pegó la otra tarde hasta hacer brotar sangre de mis espaldas.

La duquesa hizo ademán de arrodillarse delante de él; pero éste la detuvo, cubriéndosele la frente de rubor.

—Ha llegado el momento de separarnos, señora—continuó diciendo.—Mi primo, el soldado Ripail, tiene dos caballos ensillados en la poterna que da bajo las murallas de París. Montada en uno de ellos con vuestro hijo, ganaréis pronto la abadía de San Germán, que tiene el derecho de asilo.

—Y vos, generoso amigo, ¿no venís con nosotros?—dijo la duquesa.

—Yo me quedo aquí para proteger vuestra fuga. Si por casualidad escapo con vida de las manos de Olivier, iré á encontraros, señora, y en vuestra desgracia y ruina os quedará un servidor.

La duquesa trató aún de insistir; pero Pacífico, con respetuosa firmeza, la condujo hasta la puerta secreta que se ocultaba detrás del trono y la obligó á entrar en el corredor. Isabel le tendió la mano y él la tocó con sus labios. Luego que hubo pasado, cerró la puerta Pacífico y se colocó en pie delante de ella.

—Todavía tengo tiempo...—murmuró.—Luego, de improviso, llevó sus manos á la frente, exclamando:

—¡Mis hijos! ¡Mis dos hijos! ¡Ni siquiera le he dicho que cuidara de ellos si yo muero! ¡Perdóname, María, y ruega por su suerte á Dios, porque esos pobrecitos no tienen ya padre!

Un remordimiento punzante le desgarraba el corazón.

Los clamores de la orgía cesaron por un momento; después oyóse el ruido de muchos pasos tumultuosos en el corredor que conducía á la sala de los festines. Pacífico volvió á palidecer, y sus dientes chocaron entre sí.

—¡Señor, Dios mío—dijo con voz alterada, mientras gruesas gotas de sudor frío inundaban su frente,—tened piedad de mí! He cumplido con mi deber, pero la muerte me arredra. ¡Oh, si me hubierais dotado de un corazón valeroso!

Las puertas del salón se abrieron estrepitosamente, y los vencedores, embriagados, entraron en él en confuso pelotón y algarabía. Pacífico estaba detrás del trono. Temblaba y apenas podía tenerse en pie. El primero que le vió fué Graville, que le preguntó alegremente:

—Y bien, ¿qué hiciste de ellos?

La penetrante mirada del italiano había ya registrado toda la sala, y gritaba:

—*¡Maledizione!*, el miserable nos ha engañado. ¡Monten á caballo enseguida, y persiganles!

Al mismo tiempo tiró de la espada y se arrojó sobre Pacífico. Veinte espadas más brillaban también fuera de la vaina; y el pobre pedagogo, que había hecho de sus manos una pantalla para no ver relucir aquellos amenazadores aceros, tuvo, sin embargo, fuerza suficiente para exclamar en su interior:

—¡Ah! Les llevan mucha delantera, y la abadía de San Germán no está lejos.

—¡De rodillas!—le dijo con voz de trueno Tarchino.

Pacífico obedeció; arrodillado ya, miró las espadas desnudas, y se vió dibujarse en sus labios una sonrisa de grata sorpresa.

—¡Yo creía que habría temblado más para morir!—murmuró.

Luego cruzó los brazos sobre su pecho, y dijo en voz alta:

—¡Dios mío! Os ruego que protejáis á mi señora y á su pequeño hijo. Mi último pensamiento es para los míos, que dejo á vuestro cuidado. Y yo os encomiendo mi alma.

PRIMERA PARTE

I

LA EJECUCIÓN DEL CADÁVER

El rey Luis XI había muerto el 30 de Agosto de 1483 en el castillo de Plessis, á los sesenta años cumplidos de edad. Antes de expirar hizo que se arrodillara junto á la cabecera del lecho del dolor el bienaventurado Francisco de Paula, con la esperanza de que las oraciones del santo le devolvieran la salud ó alcanzaran la eterna salvación. El cielo no otorgó la primera gracia; en cuanto á la segunda, el negocio ha debido ventilarse entre Dios y el rey.

Los escritores adversarios de la realeza han dicho que Luis XI fué un gran rey; los poetas hicieron de esta figura retratos fantásticos que han merecido poca aceptación entre las personas acostumbradas á estudiar la historia, leyendo novelas ó presenciando dramas.

Lo que hay de cierto es que, cuando se echa una ojeada retrospectiva, se ve el extraño perfil de ese hombre destacarse entre las espesas brumas del siglo xv.

Pero fué un gran rey. Dicese que amó al pueblo; el pueblo no le amó á él.
